

# EL GAUCHO MARTÍN FIERRO CONTRA LOS ZOMBIES

Por José Hernández  
& Ezequiel Tambornini

\* \* \* \* \*

Copyright © 2022 Ezequiel Tambornini

\* \* \* \* \*

## Prólogo

El Gaucho Martín Fierro es un poema narrativo escrito en verso en 1872 por José Hernández. Se trata de una obra que es considerada parte del acervo fundacional literario de la Argentina y, como tal, es lectura obligada en todos colegios. Esa es la principal razón por la cual en 2022, a 150 años de la creación de una obra tan magnífica, sean pocos los argentinos que quieran recrear la tortura de tener que leer por obligación esos versos escritos por un gaucho iletrado que contaba sus desventuras en la entonces inhóspita región pampeana.

Pero lo cierto es que, gracias a esa inoportuna imposición escolar, muchos argentinos pierden la posibilidad de disfrutar de un libro gigantesco en el cual José Hernández, con una destreza extraordinaria, logró darle vida, en su propio y característico lenguaje, a los mestizos dispersos por la llanura pampeana, conocidos como gauchos, quienes eran (y en algunas zonas aún siguen siendo) la impecable síntesis entre la cultura indígena y la española.

Más allá de las particularidades regionales e históricas contenidas en el poema, el Martín Fierro es una obra universal porque trata sobre una cuestión que atraviesa a cualquier cultura y época: el individuo, satisfecho con su propia existencia, que es condicionado y luego suprimido por la autoridad. La llanura pampeana es representada por Martín Fierro como una suerte de paraíso, en el cual los gauchos podían desenvolverse con libertad para asegurar el sustento propio y el de su familia por medio de una serie de habilidades que los colmaban de orgullo.

El idilio llega a su fin cuando, en el marco de una leva forzosa realizada por el ejército argentino, Martín Fierro es obligado a alejarse de su familia para servir en una de las tantas milicias que por entonces luchaban defendiendo la frontera argentina contra los malones indígenas que diezmaban poblaciones y robaban cuanto hacienda encontraban.

Así es como, luego de experimentar diferentes penurias durante su servicio forzado, Martín Fierro decide finalmente desertar para descubrir que su vivienda se encuentra destruida y que su mujer se había ido con otro hombre y –lo más doloroso– sus hijos fueron enviados como peones a una estancia. Pierde todo contacto con ellos e, insuflado por la rabia y la amargura, desciende al infierno para transformarse en un gaucha “matrero”, es decir, enemigo del sistema institucionalizado y de todos sus órganos de gobierno.

Resentido, Martín Fierro comienza a destilar su odio con actos arbitrarios de violencia que terminan en asesinatos y pasa a ser buscado por la policía. Una noche logran dar con él y, cuando están a poco de apresararlo, el sargento al mando de esa unidad, admirado por la valentía del gaucha, decide pasarse a su lado y luchar contra los agentes. En ese momento, los dos pasan a ser fugitivos para internarse en el desierto y vivir entre los indios.

La metáfora contenida en la historia es tan bella como poderosa: es preferible renunciar a la civilización que perder los últimos jirones de la propia libertad.

¿Qué diría en nuestros días el gaucha Martín Fierro? No tardaría en advertir que la civilización tiene, por lejos, muchos más artilugios, comodidades y placeres disponibles para evitar que la abandonemos. Pero, como contrapartida, comprendería que las opresiones de la autoridad se exacerbaban hasta niveles desproporcionados para quedarse con la mayor parte del esfuerzo de las personas y condicionarlos hasta niveles insólitos en los cuales ni siquiera pueden mencionar determinadas palabras para evitar ser socialmente anulados y, en algunas circunstancias, también inhabilitados como ciudadanos.

El mejor homenaje a esta obra tan vigente es actualizarla por medio de la incorporación de un ícono ubicuo de nuestra contemporaneidad, los zombies o muertos vivientes, quienes representan, de alguna manera, a las legiones de personas que, sin propósito vocacional alguno, están dispuestas a devorar todo lo que encuentran a su paso con tal de no advertir que son esclavos. Aunque parezcan humanos, ya dejaron de serlo.

Representa además una oportunidad –un “anzuelo” podríamos decir– quizás también para que aquellos que jamás leerían una obra como el Martín Fierro puedan acercarse a ella y, con un poco de suerte y ayuda de la providencia, descubrirla.

\* \* \* \* \*

## **El gaucha Martín Fierro contra los zombies**

Aquí me pongo a cantar  
al compás de la vigüela  
cual hombre que se despierta  
de una pena extraordinaria  
luego de una vida solitaria  
que ni la muerte consuela.

Pido a los santos del cielo  
que ayuden mi pensamiento:  
les pido en este momento  
que voy a cantar mi historia  
me refresquen la memoria  
antes de que me alcance ellos.

Vengan santos milagrosos,  
vengan todos en mi ayuda,  
que la lengua se me añuda  
y se me turba la vista;  
pido a Dios que me asista  
si aún sigue en estos pagos.

Yo he visto muchos cantores,  
con famas bien otenidas  
y que después de alquiridas  
no las pudieron sustentar  
pues bastó una mordida  
para hacerlos callar.

Mas ande otro criollo pasa  
Martín Fierro ha de pasar;  
nada lo hace recular,  
ni los muertos vivos lo espantan,  
y dende que todos cantan  
yo también quiero cantar.

Cantando me he de morir,  
cantando me han de enterrar,  
si es que al fin logro evitar  
ser devorado por zombies  
hambrientos y vagabundos  
desta llanura bendita.

Que no se trabe mi lengua  
ni me falte la palabra;  
el cantar mi gloria labra  
y, poniéndome a cantar,  
cantando me han de encontrar

si es que al fin me han de atrapar.

Me siento en el plan de un bajo  
a cantar un argumento  
como si soplara un viento  
que hace tiritar los pastos  
con hedores nauseabundos  
que delatan su presencia.

Yo no soy cantor letrao  
mas si me pongo a cantar  
no tengo cuándo acabar  
y me envejezco cantando:  
las coplas me van brotando  
como sangre en yugular.

Con un cuchillo en la mano  
ni las moscas se me arriman;  
naides me ponga el pie encima,  
y, cuando el pecho se entona,  
hago gemir al caminante  
que alguna vez fue pensante.

Yo soy toro en mi rodeo  
y torazo en rodeo ajeno;  
siempre me tuve por güeno  
y si me quieren zampar  
vengan las muertos a probar  
quién se lleva a quien primero.

No me hago al lao de la güeya  
aunque vengan degollando;  
con los muertos no soy blando  
niaunque sea una criatura  
pues ninguno en un apuro  
me ha visto andar tutubiando.

En el peligro ¡qué Cristos!  
el corazón se me enancha,  
pues toda la tierra es cancha,  
y de esto naides se asombre;  
el que se tiene por hombre  
donde sea se carga un zombie.

Soy gaucho, y entiéndalo  
como mi lengua lo esplica:  
para mí la tierra es chica

y pudiera ser mayor  
si todos los caminantes  
fuesen cortados en dos.

Nací como nace el peje  
en el fondo de la mar;  
naides me puede quitar  
aquéllo que Dios me dio  
antes de que me lo arrebaten  
final mismo le daré yo.

Mi gloria es vivir tan libre  
como el pájaro del cielo;  
no hago nido en este suelo  
ande hay tanto que sufrir,  
con una herida sangrante.  
naides me ha de seguir.

Yo no tengo en el amor  
quien me venga con querellas;  
como esas aves tan bellas  
que saltan de rama en rama,  
yo hago en el trébol mi cama  
y me cubren las estrellas.

Y sepan cuantos escuchan  
de mis penas el relato  
que nunca peleo ni mato  
sino por necesidá  
aunque el zombie muerto está  
yo confirmo su legajo.

Y atiendan la relación  
que hace un gaucho perseguido,  
que padre y marido ha sido  
empeñoso y diligente,  
y sin embargo los vivos  
lo tienen por un bandido.

### **Parte segunda**

Ninguno me hable de penas,  
porque yo penando vivo,  
y naides se muestre altivo  
aunque en el estribo esté,  
que suele quedarse a pie  
el gaucho más alvertido.

Junta esperencia en la vida  
hasta pa dar y prestar  
quien la tiene que pasar  
entre sufrimiento y llanto;  
porque nada enseña tanto  
que ver resucitar a un finado.

Viene el hombre vivo al mundo,  
cuartiándolo la esperanza,  
y a poco andar ya lo alcanzan  
los difuntos a empujones;  
¡la pucha, que trae liciones  
el tiempo con sus mudanzas!

Yo he conocido esta tierra  
en que el paisano vivía  
y su ranchito tenía  
y sus hijos y mujer...  
Era una delicia el ver  
cómo pasaba sus días.

Entonces... cuando el lucero  
brillaba en el cielo santo  
y los gallos con su canto  
nos decían que el día llegaba,  
a la cocina rumbiaba  
el gaucho... que era un encanto.

Y sentao junto al jogón  
a esperar que venga el día,  
al cimarrón se prendía  
hasta ponerse rechoncho,  
mientras su china dormía  
tapadita con su poncho.

Y apenas la madrugada  
empezaba a coloriar,  
los pájaros a cantar  
y las gallinas a apiarse,  
era cosa de largarse  
cada cual a trabajar.

Este se ata las espuelas  
se sale el otro cantando,  
uno busca un pellón blando  
éste un lazo, otro un rebenque,

y los pingos relinchando  
los llaman dende el palenque.

El que era pi3n domador  
enderezaba al corral  
ande estaba el animal  
bufidos que se las pela  
y m3s malo que su agüela  
se hacía astillas el bagual.

Y allí el gaucho inteligente  
en cuanto el potro enriendó,  
los cueros le acomodó  
y se le sentó en seguida,  
que el hombre muestra en la vida  
la astucia que Dios le dio.

Y en las playas corcoviando  
pedazos se hacía el sotreta  
mientras él por las paletas  
le jugaba las lloronas  
y al ruido de las caronas  
salía haciéndose gambetas.

¡Ah tiempos!... ¡Si era un orgullo  
ver jinetiar un paisano!  
Cuando era gaucho baquiano,  
aunque el potro se boliase,  
no había uno que no parase  
con el cabresto en la mano.

Y mientras domaban unos,  
otros al campo salían,  
y la hacienda recogían,  
las manadas repuntaban,  
y ansí sin sentir pasaban  
entretenidos el día.

Y verlos al cáir la noche  
en la cocina riunidos,  
con el juego bien prendido  
y mil cosas que contar,  
platicar muy divertidos  
hasta después de cenar.

Y con el buche bien lleno  
era cosa superior

irse en brazos del amor  
a dormir como la gente,  
pa empezar al día siguiente  
las faínas del día anterior.

Ricuerdo ¡qué maravilla!  
cómo andaba la gauchada,  
siempre alegre y bien montada  
y dispuesta pa el trabajo;  
pero hoy en el día... ¡barajo!  
no se le ve de aporriada.

El gaucho más infeliz  
tenía tropilla de un pelo,  
no le faltaba un consuelo  
y andaba la gente lista...  
Tendiendo al campo la vista  
no vía sino hacienda y cielo.

Cuando llegaban las yerras,  
¡cosa que daba calor  
tanto gaucho pialador  
y tironiador sin yel!  
¡Ah tiempos... pero si en él  
se ha visto tanto primor!

Aquéllo no era trabajo,  
más bien era una junción,  
y después de un güen tirón  
en que uno se daba maña,  
pa darle un trago de caña  
solía llamarlo el patrón.

Pues siempre la mamajuana  
vivía bajo la carreta,  
y aquél que no era chancleta  
en cuanto el goyete vía,  
sin miedo se le prendía  
como güérfano a la teta.

¡Y qué jugadas se armaban  
cuando estábamos riunidos!  
Siempre íbamos prevenidos  
pues en tales ocasiones  
caiban muchos comedidos.

Eran los días del apuro

y alboroto pa el hembraje,  
pa preparar los potajes  
y osequiar bien a la gente,  
y así, pues, muy grandemente  
pasaba siempre el gauchaje.

Venía la carne con cuero,  
la sabrosa carbonada,  
mazamorra bien pisada,  
los pasteles y el güen vino  
pero ha querido el destino  
que todo aquéllo acabara.

Estaba el gaucho en su pago  
con toda seguridá  
pero áura... ¡barbaridá!  
la cosa anda tan fruncida  
que gasta el pobre la vida  
en juir de la autoridá.

Pues si usté pisa en su rancho  
y si el alcalde lo sabe  
Lo caza lo mesmo que ave  
aunque su mujer aborte...  
¡No hay tiempo que no se acabe  
ni tiento que no se corte!

Y al punto dése por muerto  
si el alcalde lo bolea,  
pues áhi no más se le apea  
con una felpa de palos.  
Y después dicen que es malo  
el gaucho si los pelea.

Y el lomo le hinchán a golpes,  
y le rompen la cabeza,  
y luego con ligereza,  
así lastimao y todo,  
lo amarran codo con codo  
Y pa el cepo lo enderiezan.

Ahí comienzan sus desgracias,  
áhi principia el pericón;  
porque ya no hay salvación,  
Y que usté quiera o no quiera,  
lo mandan a la frontera  
o lo echan a un batallón.

Ansí empezaron mis males  
lo mesmo que los de tantos;  
si gustan... en otros cantos  
les diré lo que he sufrido.  
Después que uno está perdido  
no lo salvan ni los santos.

### **Parte tercera**

Tuve en mi pago en un tiempo  
hijos, hacienda y mujer,  
pero empecé a padecer,  
me echaron a la frontera  
¡y qué iba a hallar al volver!  
tan sólo hallé la tapera.

Sosegao vivía en mi rancho  
como el pájaro en su nido;  
allí mis hijos queridos  
iban creciendo a mi lao...  
Sólo queda al desgraciao  
deambular sin rumbo fijo.

Mi gala en las pulperías  
era, cuando había más gente,  
ponerme medio caliente,  
pues cuando puntiao me encuentro  
me salen coplas de adentro  
como agua de la virtiente.

Cantando estaba una vez  
en una gran diversión;  
y aprovechó la ocasión  
como quiso el juez de paz.  
Se presentó, y áhi no más  
hizo una arriada en montón.  
Juyeron los más matreros  
y lograron escapar.

Yo no quise disparar,  
soy manso y no había por qué;  
muy tranquilo me quedé  
y ansí me dejé agarrar.  
Allí un gringo con un órgano  
y una mona que bailaba  
haciéndonos ráir estaba

cuando le tocó el arreo.

¡Tan grande el gringo y tan feo  
lo viera cómo lloraba!  
Hasta un inglés sanjiador  
que decía en la última guerra  
que él era de Inca-la-perra  
y que no quería servir,  
tuvo también que juír  
a guarecerse en la sierra.

Ni los mirones salvaron  
de esa arriada de mi flor;  
fue acoyarao el cantor  
con el gringo de la mona;  
a uno solo, por favor,  
logró salvar la patrona.

Formaron un contingente  
con los que en el baile arriaron;  
con otros nos mesturaron  
que habían agarrao también:  
las cosas que aquí se ven  
ni los diablos las pensaron.

A mí el juez me tomó entre ojos  
en la última votación:  
me le había hecho el remolón  
y no me arrimé ese día,  
y él dijo que yo servía  
a los de la esposición.

Y así sufrí ese castigo  
tal vez por culpas ajenas;  
que sean malas o sean güenas  
las listas, siempre me escondo:  
yo soy un gaucho redondo  
y esas cosas no me enllenan.

Al mandarnos nos hicieron  
más promesas que a un altar.  
El juez nos jue a proclamar  
y nos dijo muchas veces:  
“Muchachos, a los seis meses  
los van a ir a revelar”.

Yo llevé un moro de número.

¡Sobresaliente el matucho!  
Con él gané en Ayacucho  
más plata que agua bendita;  
siempre el gaucho necesita  
un pingo pa fiarle un pucho.

Y cargué sin dar mas güeltas  
con las prendas que tenía:  
jergas, poncho, cuanto había  
en casa, tuito lo alcé;  
a mi china la dejé  
media desnuda ese día.

No me faltaba una guasca;  
esa ocasión eché el resto:  
bozal, maniador, cabresto,  
lazo, bolas y facon.  
¡El que hoy tan pobre me vea  
tal vez no crerá todo esto!

Ansí en mi moro, escarciando,  
enderecé a la frontera.  
¡Aparcero, si usted viera  
lo que se llama cantón...!  
Ni envidia tengo al ratón  
en aquella ratonera.

De los pobres que allí había  
a ninguno lo largaron;  
los más viejos rezongaron,  
pero a uno que se quejó  
procedieron a estaquiarlo  
y enseguida resucitó.

En la lista de la tarde  
el jefe nos cantó el punto,  
diciendo: quinientos juntos  
llevará el que se resierte;  
lo haremos pitar del juerte;  
más bien dése por dijunto.

A naidas le dieron armas,  
pues toditas las que había  
el coronel las tenía,  
según dijo esa ocasión,  
pa repartirlas el día  
en que hubiera una invasión.

Al principio nos dejaron  
de haraganes criando sebo,  
pero después..no me atrevo  
a decir lo que pasaba.  
¡Barajo!... si nos trataban  
como se trata a malevos.

Porque todo era jugarle  
por los lomos con la espada,  
y, aunque usted no hiciera nada,  
lo mesmito que en Palermo,  
le daban cada cepiada  
que lo dejaban enfermo.

¡Y qué zombies ni qué servicio,  
si allí no había ni cuartel!  
Nos mandaba el coronel  
a trabajar en sus chacras,  
y dejábamos las vacas  
que las llevara el infiel.

Yo primero sembré trigo  
y después hice un corral,  
corté adobe pa un tapial,  
hice un quincho, corté paja...  
¡La pucha, que se trabaja  
sin que le larguen ni un rial!

Allí sí se ven desgracias  
y lágrimas y afliciones,  
naides les pida perdones  
a las jaurías de sonámbulos  
que si te agarran durmiendo  
de dejan hecho jirones.

No salvan de su juror  
ni los pobres angelitos:  
viejos, mozos y chiquitos  
los matan del mismo modo;  
es que el zombie engulle todo  
lo que aún permanece vivo.

Tiemblan las patas al ver  
volando al viento los trapos  
de lo que fue antes vestimenta  
cubriendo ahora los miembros

agusanados de un zombie  
que quiere despedarsarte.

Hacen trotiadas tremendas  
dende el fondo del desierto;  
así llegan, por demás hambrientos,  
de carne, cerebro y sangre  
pos el zombie es una máquina  
que solo pensa en alimento.

Sabe detectar la sangre  
como naides en la tierra;  
acaso el tiburón pueda  
hacer lo mesmo en el mar.  
Con una herida descubierta  
pronto lo conocerás.

Y el muerto es como tortuga  
de duro para espichar;  
si lo llevo a destripar  
ni siquiera se me encoge;  
tengo que descabezarlo  
pa que deje de estorbar.

Hacen el desastre a gusto  
y cuando se acaban los hombres  
se van pa los corrales  
y nos contaban que a veces  
ni a los perros respetaban  
en sus anseas por tragar.

¡Ah, si partía el corazón  
ver tantos males, canejo!  
Los perseguíamos de lejos  
pensando que eran menos  
pero al saberlos populosos  
rajábamos temerosos.

Nos volvíamos al cantón  
a las dos o tres jornadas  
sembrando las caballadas;  
y pa que alguno la venda,  
rejuntábamos la hacienda  
que habían dejao resagada.

Una vez entre otras muchas.  
tanto salir al botón,

nos pegaron un malón  
de zombies desafortados  
que la gente acobardada  
quedó dende esa ocasión.

Habían estao escondidos  
aguaitando atrás de un cerro.  
¡Lo viera a su amigo Fierro  
aflojar como un blandito!  
Salieron como maíz frito  
en cuanto sonó un cencerro.

Al punto nos dispusimos  
aunque ellos eran bastantes;  
la formamos al istante  
nuestra gente, que era poca;  
y golpiándose en la boca  
hicieron fila adelante.

Se vinieron en tropel  
haciendo temblar la tierra.  
No soy manco pa la guerra  
pero tuve mi jabón,  
pues iba en un redomón  
que había boliao en la sierra.

¡Qué vocerío, qué barullo,  
qué apurar esa carrera!  
La zombiada todita entera  
dando alaridos cargó.  
¡Jue pucha!... y ya nos sacó  
como yeguada matrera.

¡Qué fletes traiban los muertos,  
como una luz de ligeros!  
Hicieron el entrevero  
y en aquella mescolanza,  
éste quiero, éste no quiero,  
mordían cuanto encontraban.

Al que le dan un chuzaso  
pasa para el otro lado  
Si es que no vuelve cargao;  
en fin, para no echar panes,  
salimos por esas lomas  
lo mesmo que las palomas.

Es de admirar la destreza  
con que la que corren los zombies.  
De perseguir nunca dejan  
y nos traiban apretaos.  
¡Si queríamos, de apuraos,  
salirnos por las orejas!

Y pa mejor de la fiesta  
en esta aflicción tan suma,  
vino un muerto echando espuma  
mostrando la dentadura;  
parecía que vociferaba  
un insulto destemplado.

Tendido en el costillar,  
cimbrando por sobre el brazo  
una mano, como un lazo,  
me tanteó con alaridos  
si me descuido, el maldito  
me ensarta con un mordisco.

Si me atribulo o me encojo,  
siguro que no me escapo;  
siempre he sido medio guapo  
pero en aquella ocasión  
me hacía buya el corazón  
como la garganta al sapo.

Dios le perdone al zombie  
las ganas que me tenía...  
Desaté las tres marías  
y lo engatusé a cabriolas.  
¡Pucha!... si no traigo bolas  
me achura el muerto ese día.

Era un muchacho joven  
sigún pude vislumbrar;  
la verdá del caso jue  
que me tuvo apuradazo,  
hasta que, al fin, de un bolazo  
lo pude neutralizar.

Ahí no más me tiré al suelo  
y lo pisé en las paletas;  
empezó a hacer morisquetas...  
y a mezquinar la garganta...  
pero yo hice la obra santa

de cortarle la cabeza.

Allí quedó de mojón  
ya en su segunda muerte;  
de los zombies disparé,  
pues si me alcanzan, me matan,  
y al fin me les escapé  
con el hilo en una pata.

#### **Parte cuarta**

Seguiré esta relación  
aunque pa chorizo es largo:  
el que pueda hágase cargo  
cómo andaría de matrero,  
después de salvar el cuero  
de aquel trance tan amargo.

Del sueldo nada les cuento,  
porque andaba disparando;  
nosotros, de cuando en cuando,  
solíamos ladrar de pobres:  
nunca llegaban los cobres  
que se estaban aguardando.

Y andábamos de mugrientos  
que el mirarnos daba horror;  
le juro que era un dolor  
ver esos hombres, ¡por Cristo!  
En mi perra vida he visto  
una miseria mayor.

Yo no tenía ni camisa  
ni cosa que se parezca;  
mis trapos sólo pa yesca  
me podían servir al fin...  
No hay plaga como un fortín  
para que el hombre padezca.

Poncho, jergas, el apero,  
las prenditas, los botones,  
todo, amigo, en los cantones  
jue quedando poco a poco;  
ya nos tenían medio loco  
la pobreza y los ratones.

Sólo una manta peluda

era cuanto me quedaba;  
la había agenciao a la taba  
y ella me tapaba el bulto;  
yaguané que allí ganaba  
no salía... ni con indulto.

Y pa mejor hasta el moro  
se me jue de entre las manos;  
no soy lerdo... pero, hermano,  
vino el comendante un día  
diciendo que lo quería  
“pa enseñarle a comer grano”.

Afigúresé cualquiera  
la suerte de este su amigo,  
a pie y mostrando el umbligo,  
estropiao, pobre y desnudo.  
Ni por castigo se pudo  
hacerse más mal conmigo.

Ansí pasaron los meses,  
y vino el año siguiente,  
y las cosas igualmente  
siguieron del mismo modo:  
adrede parece todo  
para aburrir a la gente.

No teníamos más permiso,  
ni otro alivio la gauchada,  
que salir por la mañana  
cuando no había zombie ninguno,  
campo ajuera, a hacer boliadas,  
desocando los reyunos.

Y cáibamos al cantón  
con los fletes aplastaos,  
pero a veces medio aviaos  
con plumas y algunos cueros  
que áhi no más con el pulpero  
los teníamos negociaos.

Era un amigo del jefe  
que con un boliche estaba;  
yerba y tabaco nos daba  
por la pluma de avestruz,  
y hasta le hacía ver la luz  
al que un cuero le llevaba.

Sólo tenía cuatro frascos  
y unas barricas vacías,  
y a la gente le vendía  
todo cuanto precisaba:  
a veces creiba que estaba  
allí la proveduría.

¡Ah pulpero habilidoso!  
Nada le solía faltar  
¡Aijuna! y para tragar  
tenía un buche de ñandú.  
La gente le dio en llamar  
"el boliche de virtù".

Aunque es justo que quien vende  
algún poquitito muerda,  
tiraba tanto la cuerda  
que con sus cuatro limetas  
él cargaba las carretas  
de plumas, cueros y cerda.

Nos tenía apuntaos a todos  
con más cuentas que un rosario,  
cuando se anunció un salario  
que iban a dar, o un socorro,  
pero sabe Dios qué zorro  
se lo comió al comisario.

Pues nunca lo vi llegar  
y, al cabo de muchos días,  
en la misma pulpería  
dieron una buena cuenta,  
que la gente muy contenta  
de tan pobre recibia.

Sacaron unos sus prendas  
que las tenían empeñadas,  
por sus deudas atrasadas  
dieron otros el dinero;  
al fin de fiesta el pulpero  
se quedó con la mascada.

Yo me arrecosté a un horcón  
dando tiempo a que pagaran,  
y poniendo güena cara  
estuve haciéndome el poyo,

A esperar que me llamaran  
para recibir mi boyo.

Pero ahí me pude quedar  
pegao pa siempre al horcón;  
ya era casi la oración  
y ninguno me llamaba;  
la cosa se me ñublaba  
y me dentró comezón.

Pa sacarme el entripao  
vi al mayor, y lo fi a hablar.  
Yo me le empecé a atracar  
y, como con poca gana,  
le dije: “Tal vez mañana  
acabarán de pagar”.

“-Qué mañana ni otro día”,  
al punto me contestó,  
“la paga ya se acabó,  
siempre has de ser animal”.  
Me rái y le dije: “Yo...  
no he recibido ni un rial”.

Se le pusieron los ojos  
que se le querían salir,  
y ahí no más volvió a decir  
comiéndomé con la vista:  
“-¿Y qué querés recibir  
si no has dentrao en la lista?”

“-Este sí que es amolar”,  
dije yo pa mis adentros,  
“van dos años que me encuentro  
y hasta áura he visto ni un grullo;  
dentro en todos los barullos  
pero en las listas no dentro”.

Vide el plaito mal parao  
y no quise aguardar más...  
Es güeno vivir en paz  
con quien nos ha de mandar,  
y reculando pa tras  
me le empecé a retirar.

Supo todo el comendante  
y me llamó al otro día,

diciéndome que quería  
aviriguar bien las cosas  
que en esta administración  
a naides se le debía.

Llamó al cabo y al sargento  
y empezó la indagación:  
si había venido al cantón  
en tal tiempo o en tal otro  
Y si había venido en potro,  
en reyuno o redomón.

Y todo era alborotar  
al ñudo, y hacer papel:  
conocí que era pastel  
pa engordar con mi guayaca;  
mas si voy al coronel  
me hacen bramar en la estaca.

¡Ah hijos de una!... ¡La codicia  
ojalá les ruempa el saco!  
Ni un pedazo de tabaco  
le dan al pobre soldao,  
y lo tienen, de delgao,  
más ligero que un guanaco.

Pero qué iba a hacerles yo,  
charabón en el desierto;  
más bien me daba por muerto  
pa no verme más fundido  
y me les hacía el dormido  
aunque soy medio dispierto.

### **Parte quinta**

Yo andaba desesperao  
aguardando una ocasión,  
que los muertos en jauría  
nos dieran, y entre el estrago  
hacérmelés cimarrón  
y volverme pa mi pago.

Aquéllo no era servicio  
ni defender la frontera:  
aquéllo era ratonera  
en que es más gato el más juerte:  
era jugar a la suerte

con una taba culera.

Allí tuito va al revés:  
los milicos se hacen piones,  
y andan por las poblaciones  
emprestaos pa trabajar;  
los rejuntan pa peliar  
cuando aparecen los zombies.

Yo he visto en esa milonga  
muchos jefes con estancia,  
y piones en abundancia,  
y majadas y rodeos;  
he visto negocios feos  
a pesar de mi inorancia.

Y colijo que no quieren  
la barunda componer;  
para esto no ha de tener  
el jefe, aunque esté de estable,  
más que su poncho y su sable,  
su caballo y su deber.

Ansina, pues, conociendo  
que aquel mal no tiene cura,  
que tal vez mi sepultura  
si me quedo iba a encontrar,  
pensé en mandarme mudar  
como cosa más sigura.

Y pa mejor, una noche  
¡qué estaquiada me pegaron!  
Casi me descoyuntaron  
por motivo de una gresca.  
¡Aijuna, si me estiraron  
lo mesmo que guasca fresca!

Jamás me puedo olvidar  
lo que esa vez me pasó:  
dentrandu una noche yo  
al fortín, un enganchao,  
que estaba medio mamao,  
allí me desconoció.

Era un gringo tan bozal,  
que nada se le entendía.  
¡Quién sabe de ande sería!

Tal vez no juera cristiano,  
pues lo único que decía  
es que era pa-po-litano.

Estaba de centinela  
y, por causa del peludo  
hasta que viene un milico  
a servirles el asao...  
Y eso sí, en lo delicaos  
parecen hijos de rico.

Si hay calor, ya no son gente,  
si yela, todos tiritan;  
si usté no les da, no pitán  
por no gastar en tabaco,  
y cuando pescan un naco  
unos a otros se lo quitan.

Cuanto llueve se acoquinan  
como el perro que oye truenos.  
¡Qué diablos! sólo son güenos  
pa vivir entre maricas,  
y nunca se andan con chicas  
para alzar ponchos ajenos.

Pa vichar son como ciegos,  
ni hay ejemplo de que entiendan;  
no hay uno solo que aprienda,  
al ver un bulto que cruza,  
a saber si es avestruza,  
o si es jinete, o hacienda.

Si salen a perseguir  
después de mucho aparato,  
tuitos se pelan al rato  
y va quedando el tendal:  
esto es como en un nidal  
echarle güebos a un gato.

### **Parte sexta**

Vamos dentrando recién  
a la parte más sentida,  
aunque es todita mi vida  
de males una cadena:  
a cada alma dolorida  
le gusta cantar sus penas.

Se empezó en aquel entonces  
a rejuntar caballada  
y riunir la milicada  
teniéndola en el cantón,  
para una despedición  
que sorprenda a la zombiada.

Nos anunciaban que iríamos  
sin carretas ni bagajes  
a golpiar a los difuntos  
en sus mismos escondites  
pos recién se despiertan  
cayendo la tardedita.

Que en esta despedición  
tuviéramos la esperanza,  
que iba a venir sin tardanza,  
sigún el jefe contó,  
un menistro o qué sé yo...  
que lo llamaban Don Ganza.

Que iba a riunir el ejército  
y tuitos los batallones  
y que traiba unos cañones  
con más rayas que un cotín.  
¡Pucha!... Las conversaciones  
por allá no tenían fin.

Pero esas trampas no enriedan  
a los zorros de mi laya;  
que el menistro venga o vaya.  
poco le importa a un matrero.  
Yo también dejé las rayas...  
en los libros del pulpero.

Nunca jui gaucho dormido,  
siempre pronto, siempre listo,  
yo soy un hombre ¡que Cristo!  
que nada me ha acobardao.  
y siempre salí parao  
en los trances que me he visto.

Dende chiquito gané  
la vida con mi trabajo,  
y aunque siempre estuve abajo  
y no sé lo que es subir,

también el mucho sufrir  
suele cansarnos ¡barajo!

En medio de mi inorancia  
conozco que nada valgo:  
soy la liebre o soy el galgo  
asigún los tiempos andan;  
pero también los que mandan  
debieran cuidarnos algo.

Una noche que riunidos  
estaban en la carpeta  
empinando una limeta  
el jefe y el juez de paz,  
yo no quise aguardar más  
y me hice humo en un sotreta.

Para mi el campo son flores  
dende que libre me veo;  
donde me lleva el deseo  
allí mis pasos dirijo  
y hasta en las sombras, de fijo  
que a dondequiera rumbeo.

Entro y salgo del peligro  
sin que me espante el estrago;  
no aflojo al primer amago  
ni jamás fi gaucho lerdo:  
soy pa rumbiar como el cerdo  
y pronto cái a mi pago.

Volvía al cabo de tres años  
de tanto sufrir al ñudo,  
resertor, pobre y desnudo,  
a procurar suerte nueva,  
y lo mesmo que el peludo  
enderecé pa mi cueva.

No hallé ni rastro del rancho;  
¡sólo estaba la tapera!  
¡Por Cristo, si aquéllo era  
pa enlutar el corazón:  
yo juré en esa ocasión  
ser más malo que una fiera!

¡Quién no sentirá lo mesmo  
cuando así padece tanto!

Puedo asigurar que el llanto  
como una mujer largué.  
¡Ay mi Dios, si me quedé  
más triste que Jueves Santo!

Sólo se oíban los aullidos  
de un gato que se salvó;  
el pobre se guareció  
cerca, en una vizcachera;  
venía como si supiera  
que estaba de güelta yo.

Al dirme dejé la hacienda  
que era todito mi haber;  
pronto debíamos volver,  
según el juez prometía,  
y hasta entonces cuidaría  
de los bienes la mujer.

Después me contó un vecino  
que el campo se lo pidieron,  
la hacienda se la vendieron  
pa pagar arrendamientos,  
y qué sé yo cuántos cuentos;  
pero todo lo fundieron.

Los pobrecitos muchachos  
entre tantas afliciones  
se conchabaron de piones;  
¡mas qué iban a trabajar,  
si eran como los pichones  
sin acabar de emplumar!

Por áhi andarán sufriendo  
de nuestra suerte el rigor:  
me han contaó que el mayor  
nunca dejaba a su hermano;  
puede ser que algún cristiano  
los recoja por favor.

¡Y la pobre mi mujer  
Dios sabe cuánto sufrió!  
Me dicen que se voló  
con no sé qué gavilán,  
sin duda a buscar el pan  
que no podía darle yo.

No es raro que a uno le falte  
lo que a algún otro le sobre;  
si no le quedó ni un cobre  
sino de hijos un enjambre,  
¿qué más iba a hacer la pobre  
para no morir de hambre?

Tal vez no te vuelva a ver,  
prenda de mi corazón:  
Dios te dé su protección  
ya que no me la dió a mí,  
y a mis hijos dende aquí  
les echo mi bendición.

Como hijitos de la cuna  
andaban por áhi sin madre.  
Ya se quedaron sin padre  
y ansí la suerte los deja,  
sin naides que los proteja  
y sin perro que los ladre.

Los pobrecitos tal vez  
no tengan ande abrigarse,  
ni ramada ande ganarse,  
ni un rincón ande meterse,  
ni camisa que ponerse,  
ni poncho con que taparse.

Tal vez los verán sufrir  
sin tenerles compasión;  
puede que alguna ocasión  
aunque los vean tiritando  
los echen de algún jogón  
pa que no estén estorbando.

Y al verse ansina espantaos  
como se espanta a los perros,  
irán los hijos de Fierro  
con la cola entre las piernas,  
a buscar almas más tiernas  
o esconderse en algún cerro.

Mas también en este juego  
voy a pedir mi bolada;  
a naides le debo nada  
ni pido cuartel ni doy,  
y ninguno dende hoy

ha de llevarme en la armada.

Yo he sido manso, primero,  
y seré gaucho matrero  
en mi triste circunstancia,  
aunque es mi mal tan profundo;  
nací y me he criado en estancia,  
pero ya conozco el mundo.

Ya le conozco sus mañas,  
le conozco sus cucañas,  
sé cómo hacen la partida,  
la enriedan y la manejan:  
deshaceré la madeja  
aunque me quede bien muerto.

Y aguante el que no se anime  
a meterse en tanto engorro,  
o si no aprétesé el gorro  
o para otra tierra emigre;  
pero yo ando como el tigre  
que le roban los cachorros.

Aunque muchos cren que el gaucho  
tiene un alma de reyuno,  
no se encontrará ninguno  
que no lo dueblen las penas;  
mas no debe aflojar uno  
mientras hay sangre en las venas.

### **Parte séptima**

De carta de más me vía  
sin saber adónde dirme;  
mas dijeron que era vago  
y entraron a perseguirme.  
Nunca se achican los males,  
van poco a poco creciendo,  
y ansina me vide pronto  
obligao a andar juyendo.

No tenía mujer ni rancho,  
y a más, era resertor;  
no tenía una prenda güena  
ni un peso en el tirador.  
A mis hijos infelices  
pensé volverlos a hallar

y andaba de un lao al otro  
sin tener ni qué pitar.

Supe una vez por desgracia  
que había un baile por allí,  
y medio desesperao  
a ver la milonga fui.  
Riunidos al pericón  
tantos amigos hallé,  
que alegre de verme entre ellos  
esa noche me apedé.

Como nunca, en la ocasión  
por peliar me dió la tranca,  
y la emprendí con un negro  
que trujo una negra en ancas.  
Al ver llegar la morena  
que no hacía caso de naides  
le dije con la mamúa:  
"Va... ca... yendo gente al baile."

La negra entendió la cosa  
y no tardó en contestarme  
mirándomé como a perro:  
"más vaca será su madre".  
Y dentró al baile muy tiesa  
con más cola que una zorra  
haciendo blanquiar los dientes  
lo mesmo que mazamorra.

-“Negra linda”... dije yo,  
“me gusta... pa la carona”;  
y me puse a talariar  
esta coplita fregona:  
“A los blancos hizo Dios,  
a los mulatos San Pedro,  
a los negros hizo el diablo  
para tizón del infierno”.

Había estao juntando rabia  
el moreno dende ajuera;  
en lo oscuro le brillaban  
los ojos como linterna.  
Lo conocí retobao,  
me acerqué y le dije presto:  
“Por... rudo... que un hombre sea  
nunca se enoja por esto”.

Corcovió el de los tamangos  
y creyéndose muy fijo:  
-“Más porrudo serás vos,  
gaucho roto”, me dijo.  
Y ya se me vino el humo  
como a buscarme la hebra,  
y un golpe le acomodé  
con el porrón de ginebra.

Ahí no más pegó el de hollín  
más gruñidos que un chanchito,  
y pelando el envenao  
me atropelló dando gritos.  
Pegué un brinco y abrí cancha  
diciéndolés: “Caballeros,dejen venir ese toro;  
solo nací... solo muero”.

El negro después del golpe  
se había el poncho refalao  
y dijo: - “Vas a saber  
si es solo o acompaño”.  
Y mientras se arremangó  
yo me saqué las espuelas,  
pues malicié que aquel tío  
no era de arriar con las riendas.

No hay cosa como el peligro  
pa refrescar un mamao;  
hasta la vista se aclara  
por mucho que haiga chupao.  
El negro me atropelló  
como a quererme comer;  
me hizo dos tiros seguidos  
y los dos le abarajé.

Yo tenía un facón con S  
que era de lima de acero;  
le hice un tiro, lo quitó  
y vino ciego el moreno.  
Y en el medio de las aspas  
un planaso le asenté  
que le largué culebriando  
lo mesmo que buscapié.

Le colorieron las motas  
con la sangre de la herida,

y volvió a venir furioso  
como una tigra parida.  
Y ya me hizo relumbrar  
por los ojos el cuchillo,  
alcansando con la punta  
a cortarme en un carrillo.

Me hirvió la sangre en las venas  
y me le afirmé al moreno.  
dándole de punta y hacha  
pa dejar un diablo menos.  
Por fin en una topada  
en el cuchillo lo alcé  
y como un saco de güesos  
contra el cerco lo largué.

Tiró unas cuantas patadas  
y ya cantó pa el carnero.  
Nunca me pude olvidar  
de la agonía de aquel negro.  
En esto la negra vino,  
con los ojos como ají,  
y empesó la pobre allí  
a bramar como una loba.

Yo quise darle una soba  
a ver si la hacía callar;  
mas pude reflexionar  
que era malo en aquel punto,  
y por respeto al dijunto  
procedí a decapitarlo.

Limpié el facón en los pastos,  
desaté mi redomón,  
monté despacio y salí  
al tranco pa el cañadón.  
Después supe que al finao  
ni siquiera lo velaron  
y retobao en un cuero  
sin resarle lo enterraron.

Y dicen que dende entonces  
cuando es la noche serena  
suele verse una luz mala  
como de alma que anda en pena.  
Yo tengo intención a veces  
para que no pene tanto,

de sacar de allí los güesos  
y echarlos al camposanto.

### **Parte octava**

Otra vez en un boliche  
estaba haciendo la tarde;  
cayó un gaucho que hacía alarde  
de guapo y de peliador;  
a la llegada metió  
el pingo hasta la ramada,  
y yo sin decirle nada  
me quedé en el mostrador  
como si fuera maldito;  
porque el ser gaucho... ¡barajo!  
el ser gaucho es un delito.

Es como el patrio de posta:  
lo larga éste, aquél lo toma,  
nunca se acaba la broma;  
dende chico se parece  
al arbolito que crece  
desamparao en la loma.

Le echan la agua del bautismo  
aquél que nació en la selva,  
“buscá madre que te envuelva”,  
se dice el flaire y lo larga,  
y dentra a crusar el mundo  
como burro con la carga.

Y se cría viviendo al viento  
como oveja sin trasquila  
mientras su padre en las filas  
anda sirviendo al gobierno;  
aunque tirite en invierno,  
naides lo ampara ni asila.

Le llaman “gaucho mamao”  
si lo pillan divertido,  
y que es mal entretenido  
si en un baile lo sorprenden;  
hace mal si se defiende  
y si no, se ve... fundido.

No tiene hijos, ni mujer,  
ni amigos, ni protetores,

pues todos son sus señores  
sin que ninguno lo ampare;  
tiene la suerte del güey  
¿y dónde irá el güey que no are?

Su casa es el pajonal,  
su guarida es el desierto;  
y si de hambre medio muerto  
le echa el lazo a algún mamón,  
lo persiguen como a plaito,  
porque es un “gaucho ladrón”.

Y si de un golpe por áhi  
lo dan güelta panza arriba,  
no hay un alma compasiva  
que le rese una oración:  
tal vez como cimarrón  
en una cueva lo tiran.

El nada gana en la paz  
y es el primero en la guerra;  
no le perdonan si yerra,  
que no saben perdonar,  
porque el gaucho en esta tierra  
sólo sirve pa pelear.

Para él son los calabozos,  
para él las duras prisiones;  
en su boca no hay razones  
aunque la razón le sobre;  
que son campanas de palo  
las razones de los pobres.

Si uno aguanta, es gaucho bruto;  
si no aguanta, es gaucho malo.  
¡Déle azote, déle palo  
porque es lo que él necesita!  
De todo el que nació gaucho  
ésta es la suerte maldita.

Vamos, suerte, vamos juntos  
dende que juntos nacimos,  
y ya que juntos vivimos  
sin podernos dividir,  
yo abriré con mi cuchillo  
el camino pa seguir.

## Parte novena

Matreriando lo pasaba  
y a las casas no venía;  
solía arrimarme de día,  
mas, lo mesmo que el carancho,  
siempre estaba sobre el rancho  
espiando a la polecía.

Viva el gaucho que ande mal  
como zorro perseguido,  
hasta que al menor descuido  
se lo atarasquen los muertos,  
pues nunca le falta un yerro  
al hombre más alvertido.

Y en esa hora de la tarde  
en que tuito se adormese,  
que el mundo dentrar parece  
a vivir en pura calma,  
con las tristezas de su alma  
al pajonal enderiese.

Bala el tierno corderito  
al lao de la blanca oveja  
y a la vaca que se aleja  
llama el ternero amarrao;  
pero el gaucho desgraciao  
no tiene a quién dar su queja.

Ansí es que al venir la noche  
iba a buscar mi guarida,  
pues ande el tigre se anida  
también el hombre lo pasa,  
y no quería que en las casas  
me rodiara la partida.

Pues aún cuando vengan ellos  
cumpliendo con sus deberes,  
yo tengo otros pareceres,  
y en esa conduta vivo:  
que no debe un gaucho altivo  
peliar entre las mujeres.

Y al campo me iba solito,  
más matrero que el venao,  
como perro abandonao,

a buscar una tapera,  
o en alguna vizcachera  
pasar la noche tirao.

Sin punto ni rumbo fijo  
en aquella inmensidá,  
entre tanta escuridá  
anda el gaucho como duende;  
allí jamás lo sorprende  
dormido, la autoridá.

Su esperanza es el coraje,  
su guardia es la precaución,  
su pingo es la salvación,  
y pasa uno en su desvelo  
sin más amparo que el cielo  
ni otro amigo que el facón.

Ansí me hallaba una noche  
contemplando las estrellas,  
que le parecen más bellas  
cuanto uno es más desgraciao  
y que Dios las haiga criao  
para consolarse en ellas.

Les tiene el hombre cariño  
y siempre con alegría  
ve salir las Tres Marías,  
que, si llueve, cuanto escampa  
las estrellas son la guía  
que el gaucho tiene en la pampa.

Aquí no valen doctores:  
sólo vale la esperencia;  
aquí verían su inocencia  
esos que todo lo saben,  
porque esto tiene otra llave  
y el gaucho tiene su cencia.

Es triste en medio del campo  
pasarse noches enteras  
contemplando en sus carreras  
las estrellas que Dios cría,  
sin tener más compañía  
que su soledá y las fieras.

Me encontraba, como digo,

en aquella soledá,  
entre tanta escuridá,  
echando al viento mis quejas  
cuando el grito del chajá  
me hizo parar las orejas.

Como lumbriz me pegué  
al suelo para escuchar;  
pronto sentí retumbar  
las pisadas de los fletes,  
y que eran muchos jinetes  
conoci sin vasilar.

Cuando el hombre está en peligro  
no debe tener confianza;  
ansí, tendido de panza,  
puse toda mi atención  
y ya escuché sin tardanza  
como el ruido de un latón.

Se venían tan calladitos  
que yo me puse en cuidao;  
tal vez me hubieran bombiao  
y me venían a buscar;  
mas no quise disparar,  
que eso es de gaucho morao.

Al punto me santigüé  
y eché de ginebra un taco,  
lo mesmito que el mataco  
me arroyé con el porrón:  
“Si han de darme pa tabaco,  
dije, ésta es güena ocasión”.

Me refalé las espuelas,  
para no peliar con grillos;  
me arremangué el calzoncillo  
y me ajusté bien la faja  
y en una mata de paja  
probé el filo del cuchillo.

Para tenerlo a la mano  
el flete en el pasto até,  
la cincha le acomodé,  
y en un trance como aquél,  
haciendo espaldas en él  
quietito los aguardé.

Cuanto cerca los sentí,  
y que áhi no más se pararon,  
los pelos se me erizaron,  
y aunque nada vian mis ojos,  
“No se han de morir de antojo”  
les dije, cuando llegaron.

Yo quise hacerles saber  
que allí se hallaba un varón;  
les conocí la intención  
y solamente por eso  
es que les gané el tirón,  
sin aguardar voz de preso.

- “Vos sos un gaucho matrero”,  
dijo uno, haciéndose el güeno.  
“Vos matastes un moreno  
y otro en una pulpería,  
y aquí está la polecía  
que viene a justar tus cuentas;  
te va a alzar por las cuarenta  
si te resistís hoy día”.

- “No me vengan, contesté,  
con relación de dijuntos:  
esos son otros asuntos;  
vean si me pueden llevar,  
que yo no me he de entregar  
aunque vengan todos juntos”.

Pero no aguardaron más  
y se apiaron en montón;  
como a perro cimarrón  
me rodiaron entre tantos;  
yo me encomendé a los santos  
y eché mano a mi facón.

Y ya vide el fogonazo  
de un tiro de garabina,  
mas quiso la suerte indina  
de aquel maula, que me errase  
y áhi no más lo levantase  
lo mesmo que una sardina.

A otro que estaba apurao  
acomodando una bola

le hice una dentrada sola  
y le hice sentir el fierro,  
y ya salió como el perro  
cuando le pisan la cola.

Era tanta la aflicción  
y la angurria que tenían,  
que tuitos se me venían  
donde yo los esperaba:  
uno al otro se estorbaba  
y con las ganas no vían.

Dos de ellos, que traiban sables,  
más garifos y resueltos,  
en las hilachas envueltos  
enfrente se me pararon,  
y a un tiempo me atropellaron  
lo mesmo que perros sueltos.

Me fui reculando en falso  
y el poncho adelante eché,  
y en cuanto le puso el pie  
uno medio chapetón,  
de pronto le di el tirón  
y de espaldas lo largué.

Al verse sin compañero  
el otro se sofrenó;  
entonces le dentré yo,  
sin dejarlo resollar,  
pero ya empezó a aflojar  
y a la pun...ta disparó.

Uno que en una tacuara  
había atao una tijera,  
se vino como si fuera  
palenque de atar terneros,  
pero en dos tiros certeros  
salió aullando campo ajuera.

Por suerte en aquel momento  
venía coloriendo el alba  
y yo dije: “Si me salva  
la Virgen en este apuro,  
en adelante le juro  
ser más güeno que una malva”.

Pegué un brinco y entre todos  
sin miedo me entreveré;  
hecho ovillo me quedé  
y ya me cargó una yunta,  
y por el suelo la punta  
de mi facón les jugué.

El más engolosinao  
se me apió con un hachazo;  
se lo quité con el brazo,  
de no, me mata los piojos;  
y antes de que diera un paso  
le eché tierra en los dos ojos.

Y mientras se sacudía  
refregándosé la vista,  
yo me le fui como lista  
y áhi no más me le afirme  
diciéndolé: “Dios te asista”  
y de un revés lo voltié.

Pero en ese punto mesmo  
sentí que por las costillas  
un sable me hacía cosquillas  
y la sangre se me heló.  
Desde ese momento yo  
me salí de mis casillas.

Di para atrás unos pasos  
hasta que pude hacer pie,  
por delante me lo eché  
de punta y tajos a un criollo;  
metió la pata en un oyo  
y yo al oyo lo mandé.

Tal vez en el corazón  
lo tocó un santo bendito  
a un gaucho, que pegó el grito  
y dijo: “Cruz no consiente  
que se cometa el delito  
de matar así un valiente!”

Y áhi no más se me apareó  
dentrándole a la partida:  
yo les hice otra embestida  
pues entre dos era robo;  
y el Cruz era como lobo

que defiende su guarida.

Uno despachó al infierno  
de dos que lo atropellaron,  
los demás remoliniaron,  
pues íbamos a la fija,  
y a poco andar dispararon  
lo mesmo que sabandija.

Ahi quedaban largo a largo  
los que estiraron la jeta,  
otro iba como maleta  
y Cruz, de atrás, les decía:  
“Que venga otra polecía  
a llevarlos en carreta”.

Yo junté las osamentas,  
me hiqué y les recé un bendito;  
hice una cruz de un palito  
y pedí a mi Dios clemente  
me perdonara el delito  
de haber muerto tanta gente.

Dejamos descabezados  
a los pobres que murieron;  
no sé si los recogieron,  
porque nos fuimos a un rancho,  
o si tal vez los caranchos  
ahí no más se los comieron.

Lo agarramos mano a mano  
entre los dos al porrón;  
en semejante ocasión  
un trago a cualquiera encanta,  
y Cruz no era remolón  
ni pijotiaba garganta.

Calentamos los gargueros  
y nos largamos muy tiesos.  
siguiendo siempre los besos  
al pichel y, por más señas,  
íbamos como sigüeñas  
estirando los pescuesos.

- “Yo me voy -le dije-, amigo,  
donde la suerte me lleve,  
y si es que alguno se atreve

a ponerse en mi camino,  
yo seguiré mi destino,  
que el hombre hace lo que debe”.

“Soy un gaucho desgraciado.  
no tengo dónde ampararme,  
ni un palo donde rascarme,  
ni un árbol que me cubije;  
pero ni aún esto me aflige  
porque yo sé manejarme”.

“Antes de cáir al servicio,  
tenía familia y hacienda”  
cuando volví, ni la prenda  
me la habían dejao ya:  
Dios sabe en lo que vendrá  
a parar esta contienda”.

### **Parte décima**

#### CRUZ

Amigazo, pa sufrir  
han nacido los varones;  
éostas son las ocasiones  
de mostrarse un hombre juerte,  
hasta que venga la muerte  
y lo agarre a coscorriones.

El andar tan despilchao  
ningún mérito me quita.  
Sin ser una alma bendita  
me duelo del mal ajeno:  
soy un pastel con relleno  
que parece torta frita.

Tampoco me faltan males  
y desgracias, le prevengo;  
las mujeres no son lerdas  
y todo gaucho es dotor  
si pa cantarle al amor  
tiene que templar las cuerdas.

¡Quién es de una alma tan dura  
que no quiera una mujer!  
Lo alivia en su padecer:  
si no sale calavera

es la mejor compañera  
que el hombre puede tener.

Si es güena, no lo abandona  
cuando lo ve desgraciao,  
lo asiste con su cuidao  
Y con afán cariñoso,  
Y usté tal vez ni un rebozo  
ni una pollera le ha dao.

Grandemente lo pasaba  
con aquella prenda mía  
viviendo con alegría  
como la mosca en la miel.  
¡Amigo, qué tiempo aquél!  
¡La pucha que la quería!

Era la águila que a un árbol  
dende las nubes bajó,  
era más linda que el alba  
cuando va rayando el sol,  
era la flor deliciosa  
que entre el trebolar creció.

Pero, amigo, el comendante  
que mandaba la milicia,  
como que no desperdicia  
se fue refalando a casa:  
yo le conocí en la traza  
que el hombre traiba malicia.

El me daba voz de amigo,  
pero no le tenía fe.  
Era el jefe y, ya se ve,  
no podía competir yo;  
en mi rancho se pegó  
lo mesmo que saguaipé.

A poco andar conocí  
que ya me había desbancao,  
y él siempre muy entonao  
aunque sin darme ni un cobre,  
me tenía de lao a lao  
como encomienda de pobre.

A cada rato, de chasque  
me hacía dir a gran distancia;

ya me mandaba a una estancia,  
ya al pueblo, ya a la frontera;  
pero él en la comendancia  
no ponía los pies siquiera.

Es triste a no poder más  
el hombre en su padecer,  
si no tiene una mujer  
que lo ampare y lo consuele;  
mas pa que otro se la pele  
lo mejor es no tener.

No me gusta que otro gallo  
le cacarie a mi gallina.  
Yo andaba ya con la espina,  
hasta que en una ocasión  
lo solprendí en el jogón  
abrazándomé a la china.

Tenía el viejito una cara  
de ternero mal lamido,  
y al verlo tan atrevido  
le dije: “Que le aproveche;  
que había sido pa el amor  
como gaucho pa la leche”.

Peló la espada y se vino  
como a quererme ensartar,  
pero yo sin tutubiar  
le volví al punto a decir:  
- “Cuidao no te vas a pér...tigo,  
poné cuarta pa salir”.

Un puntaso me largó  
pero el cuerpo le saqué  
y en cuanto se lo quité,  
para no matar un viejo,  
con cuidao, medio de lejo,  
un planaso le asenté.

Y como nunca al que manda  
le falta algún adulón,  
uno que en esa ocasión  
se encontraba allí presente  
vino apretando los dientes  
como perrito mamón.

Me hizo un tiro de revuélver  
que el hombre creyó siguro,  
era confiao y le juro  
que cerquita se arrimaba,  
pero siempre en un apuro  
se desentumen mis tabas.

El me siguió menudiando,  
mas sin poderme acertar,  
y yo, déle culebriar,  
hasta que al fin le dentré  
y áhi no más lo despaché  
sin dejarlo resollar.

Dentré a campiar en seguida  
al viejito enamoraó.  
El pobre se había ganao  
en un noque de lejía.  
¡Quién sabe cómo estaría  
del susto que había llevao!  
¡Es sonso el cristiano macho  
cuando el amor lo domina!

El la miraba a la indina,  
y una cosa tan jedionda  
sentí yo, que ni en la fonda  
he visto tal jedentina.  
Y le dije:- “Pa su agüela  
han de ser esas perdices”.  
Yo me tapé las narices  
y me salí estornudando,  
y el viejo quedó olfatiando  
como chico con lumbrices.

Cuando la mula recula,  
señal que quiere cosiar;  
así se suele portar  
aunque ella lo disimula;  
recula como la mula  
la mujer, para olvidar.

Alcé mi poncho y mis prendas  
y me largué a padecer  
por culpa de una mujer  
que quiso engañar a dos.  
Al rancho le dije adiós,  
para nunca más volver.

Las mujeres dende entonces  
conocí a todas en una.  
Ya no he de probar fortuna  
con carta tan conocida:  
mujer y perra parida,  
no se me acerca ninguna.

### **Parte onceava**

A otros les brotan las coplas  
como agua de manantial;  
pues a mí me pasa igual,  
aunque las mías nada valen  
de la boca se me salen  
como ovejas del corral.

Que en puertiando la primera,  
ya la siguen las demás,  
y en montones las de atrás  
contra los palos se estrellan,  
y saltan y se atropellan  
sin que se corten jamás.

Y aunque yo por mi inorancia  
con gran trabajo me esplico,  
cuando llego a abrir el pico  
tenganló por cosa cierta:  
sale un verso y en la puerta  
ya asoma el otro el hocico.

Y empréstemé su atención,  
me oirá relatar las penas  
de que traigo la alma llena,  
porque en toda circunstancia  
paga el gaucho su inorancia  
con la sangre de las venas.

Después de aquella desgracia  
me guarecí en los pajales,  
anduve entre los cardales  
como bicho sin guarida;  
pero, amigo, es esa vida  
como vida de animales.

Y son tantas las miserias  
en que me he sabido ver,

que con tanto padecer  
y sufrir tanta aflicción  
malicio que he de tener  
un callo en el corazón.

Así andaba como gaucho  
cuando pasa el temporal.  
Supe una vez, pa mi mal,  
de una milonga que había,  
y ya pa la pulpería  
enderecé mi bagual.

Era la casa del baile  
un rancho de mala muerte  
y se enllenó de tal suerte  
que andabamos a empujones:  
nunca faltan encontrones  
cuando el pobre se divierte.

Yo tenía unas medias botas  
con tamaños verdugones;  
me pusieron los talones  
con crestas como los gallos;  
¡si viera mis afliciones  
pensando yo que eran callos!

Con gato y con fandanguillo  
había empezao el changango  
y para ver el fandango  
me colé haciéndome bola;  
mas metió el diablo la cola  
y todo se volvió pango.

Había sido el guitarrero  
un gaucho duro de boca.  
Yo tengo pacencia poca  
pa aguantar cuando no debo;  
a ninguno me le atrevo  
pero me halla el que me toca.

A bailar un pericón  
con una moza salí,  
y cuando me vido allí  
sin duda me conoció  
y estas coplitas cantó  
como por ráirse de mí:

“Las mujeres son todas  
como las mulas;  
yo no digo que todas,  
pero hay algunas  
que a las aves que vuelan  
les sacan plumas”.

“Hay gauchos que presumen  
de tener damas;  
no digo que presumen,  
pero se alaban,  
y a lo mejor los dejan  
tocando tablas”.

Se secretiaron las hembras  
y yo ya me encocoré;  
volí la anca y le grité:  
“dejá de cantar... chicharra”.  
Y de un tajo a la guitarra  
tuitas las cuerdas corté.

Al grito salió de adentro  
un gringo con un jusil;  
pero nunca he sido vil,  
poco el peligro me espanta:  
ya me refalé la manta  
y la eché sobre el candil.

Gané en seguida la puerta  
gritando: “Naidas me ataje”;  
y alborotao el hembraje  
lo que todo quedó oscuro,  
empezó a verse en apuro  
mesturao con el gauchaje.

El primero que salió  
fue el cantor y se me vino,  
pero yo no pierdo el tino  
aunque haiga tomao un trago,  
y hay algunos por mi pago  
que me tienen por ladino.

No ha de haber achocao otro;  
le salió cara la broma;  
a su amigo cuando toma  
se le despeja el sentido,  
y el pobrecito había sido

como carne de paloma.

Para prestar sus socorros  
las mujeres no son lerdas:  
antes que la sangre pierda  
lo arrimaron a unas pipas.  
Ahi lo dejé con las tripas  
como pa que hicieran cuerdas.

Monté y me largué a los campos  
más libre que el pensamiento,  
como las nubes al viento,  
a vivir sin paradero;  
que no tiene el que es matrero  
nido, ni rancho, ni asiento.

No hay fuerza contra el destino  
que le ha señalao el cielo  
y aunque no tenga consuelo  
aguante el que está en trabajo:  
¡naides se rasca pa abajo  
ni se lonjea contra el pelo!

Con el gaucho desgraciao  
no hay uno que no se entone;  
la mesma falta lo espone  
a andar con los avestruces:  
faltan otros con más luces  
y siempre hay quien los perdone.

### **Parte doceava**

Yo no sé qué tantos meses  
esta vida me duró;  
a veces nos obligó  
la miseria a comer potro:  
me había acompañado con otros  
tan desgraciao como yo.

Mas ¿para qué platicar  
sobre esos males, canejo?  
Nace el gaucho y se hace viejo  
sin que mejore su suerte,  
hasta que por ahí los muertos  
se lo pongan de merienda.

Pero como no hay desgracia

que no acabe alguna vez,  
me aconteció que después  
de sufrir tanto rigor  
un amigo, por favor,  
me compuso con el juez.

Le advertiré que en mi pago  
ya no va quedando un criollo:  
se los ha tragao el hoyo  
o juido o muerto en la guerra,  
y algunos hasta han vuelto  
más pálidos que la niebla.

Colijo que jue para eso  
que me llamó el juez un día  
y me dijo que quería  
hacerme a su lao venir,  
pa que dentrase a servir  
de soldao de polecía.

Y me largó una ploclama  
tratándomé de valiente,  
que yo era hombre decente,  
y que dende aquel momento  
me nombraba de sargento  
pa que mandara la gente.

Ansí estuve en la partida  
pero ¡qué había de mandar!  
Anoche al irlo a tomar  
vide güena coyontura  
y a mí no me gusta andar  
con la lata a la cintura.

Ya conoce, pues, quién soy;  
tenga confianza conmigo;  
Cruz le dio mano de amigo  
y no lo ha de abandonar.  
Juntos podemos buscar  
pa los dos un mesmo abrigo.

Andaremos de matreros  
si es preciso pa salvar;  
nunca nos ha de faltar  
ni un güen pingo para juir,  
ni un pajal ande dormir,  
ni un occiso que ensartar.

Y cuando sin trapo alguno  
nos haiga el tiempo dejao  
yo le pediré emprestao  
el cuero a cualquiera lobo  
y hago un poncho, si lo sobo,  
mejor que poncho engomao.

Para mi la cola es pecho  
y el espinazo es cadera;  
hago mi nido ande quiera  
y de lo que encuentre como;  
me echo tierra sobre el lomo  
y me apeo en cualquier tranquera.

Y dejo rodar la bola  
que algún día se ha'e parar;  
tiene el gaucho que aguantar  
hasta que lo trague el hoyo  
o hasta que un muerto avispaio  
se los cargue por detrás.

Lo miran al pobre gaucho  
como carne de cogote:  
lo tratan al estricote,  
y si así las cosas andan  
porque quieren los que mandan,  
aguantemos los azotes.

¡Pucha, si usted los oyera  
como yo en una ocasión  
tuita la conversación  
que con otro tuvo el juez!  
Le asiguro que esa vez  
se me achicó el corazón.

Hablaban de hacerse ricos  
con campos en la frontera;  
de sacarla más ajuera  
donde había campos baldidos  
y llevar de los partidos  
gente que la defendiera  
hacendole frente a los zombies  
sin que ellos se espusieran.

Todo se güelven proyectos  
de colonias y carriles

y tirar la plata a miles  
en los gringos enganchaos,  
mientras al pobre soldao  
le pelan la chaucha, ¡ah viles!

Pero si siguen las cosas  
como van hasta el presente  
puede ser que en el futuro  
veamos el campo desierto,  
y blanquiando solamente  
por las legiones de muertos.

Hace mucho que sufrimos  
la suerte reculativa:  
trabaja el gaucho y no arriba,  
pues a lo mejor del caso  
lo levantan de un sogaso  
sin dejarle ni saliva.

De los males que sufrimos  
hablan mucho los puebleros,  
pero hacen como los teros  
para esconder sus niditos:  
en un lao pegan los gritos  
y en otro tienen los güevos.

Y se hacen los que no aciertan  
a dar con la coyuntura;  
mientras al gaucho lo apura  
con rigor la autoridad  
ellos a la enfermedá  
le están errando la cura.

### **Parte treceava**

MARTIN FIERRO

Ya veo que somos los dos  
astilla del mismo palo:  
yo paso por gaucho malo  
y usté anda del mismo modo,  
y yo, pa acabarlo todo  
a los zombies me refalo.

Pido perdón a mi Dios  
pero dende que es preciso  
que viva entre los difuntos

debidamente mimetizado  
con cueros embadurnados  
con su propia fetidez.

Dios formó lindas las flores,  
delicadas como son,  
les dio toda perfección  
y cuanto él era capaz,  
pero al hombre le dio más  
cuando le dio el corazón.

Le dio claridá a la luz,  
juerza en su carrera al viento,  
le dio vida y movimiento  
dende la águila al gusano,  
pero más le dio al cristiano  
al darle el entendimiento.

Y aunque a las aves les dio,  
con otras cosas que inoro,  
esos piquitos como oro  
y un plumaje como tabla,  
le dio al hombre más tesoro  
al darle una lengua que habla.

Y dende que dio a los zombies  
esa juria tan inmensa  
ni nada que los asombre  
cuando les pica el inmenso ambre  
¿qué menos le daría al hombre  
que el valor pa su defensa?

Pero tantos bienes juntos  
al darle, malicio yo  
que en sus adentros pensó  
que el hombre los precisaba,  
que los bienes igualaban  
con las penas que le dio.

Y yo empujao por las mías  
quiero salir de este infierno:  
ya no soy pichón muy tierno  
y se manejar la lanza  
para ensartar con destresa  
cuanto caminante ande suelto.

Yo sé que allá los muertos

no atacan a los cristianos  
si estos van bien camuflados  
con tripas de los difuntos  
¿A qué andar pasando sustos?  
Alcemos el poncho y vamos.

En la cruzada hay peligros  
pero no aun esto me aterra,  
yo ruedo sobre la tierra  
arrastrao por mi destino  
y si erramos el camino...  
no es el primero que lo erra.

Si hemos de salvar o no  
de esto naides nos responde.  
Derecho ande el sol se esconde  
tierra adentro hay que tirar;  
algún día hemos de llegar...  
después sabremos adónde.

No hemos de perder el rumbo,  
los dos somos güena yunta;  
el que es gaucho va ande apunta,  
aunque inore ande se encuentra;  
pa el lao en que el sol se dentra  
dueblan los pastos la punta.

De hambre no pereceremos,  
pues según otros me han dicho  
en los campos se hallan bichos  
de los que uno necesita...  
gamas, maticos, mulitas,  
avestruces y quirquinchos.

Cuando se anda en el desierto  
se come uno hasta las colas;  
no ha de faltar sustento  
ni oportunidad de subsistir  
si te escondes de los muertos  
antes que se apague el día.

Tampoco a la sé le temo,  
yo la aguanto muy contento,  
busco agua olfatiando al viento,  
y dende que no soy manco  
ande hay duraznillo blanco  
cavo y la saco al momento.

Allá habrá siguridá  
ya que aquí no la tenemos,  
menos males pasaremos  
y ha de haber grande alegría  
el día que nos descolguemos  
en alguna toldería.

Fabricaremos un toldo  
con unos cueros de potro  
rodeados de zombies  
empalados con estacas  
pa evitar ser aprendidos  
por los muertos y los vivos.

Allá no hay que trabajar,  
vive uno como un señor;  
de cuando en cuando una jauría  
y si de ella se sale con vida  
lo pasa echao panza arriba  
mirando dar güelta el sol.

Y ya que a juerza de golpes  
la suerte nos dejó aflús,  
puede que allá véamos luz  
y se acaben nuestras penas.  
Todas las tierras son güenas:  
vámosnós, amigo Cruz.

El que maneja las bolas,  
el que sabe echar un pial,  
o sentarse en un bagual  
sin miedo de que lo baje,  
entre los mismos caminantes  
no puede pasarlo mal.

A pesar de su ansiedá  
por comerse hasta las ratas  
viven los muertos con menos  
que los vivos angurrientos  
de nuestras libertades.  
Pa el desierto marchemos.

En este punto el cantor  
buscó un porrón pa consuelo,  
echó un trago como un cielo,  
dando fin a su argumento,

y de un golpe al instrumento  
lo hizo astillas contra el suelo.

“Ruempo-dijo-la guitarra,  
pa no volverla a templar;  
ninguno la ha de tocar,  
por siguro ténganló;  
pues naides ha de cantar  
cuando este gaucho cantó”.

Y daré fin a mis coplas  
con aire de relación;  
nunca falta un preguntón  
más curioso que mujer,  
y tal vez quiera saber  
cómo fue la conclusión.

Cruz y Fierro, de una estancia  
una tropilla se arriaron;  
por delante se la echaron  
como criollos entendidos  
y pronto, sin ser sentidos,  
por la frontera cruzaron.

Y cuando la habían pasao,  
una madrugada clara  
le dijo Cruz que mirara  
las últimas poblaciones;  
y a Fierro dos lagrimones  
le rodaron por la cara.

Y siguiendo el fiel del rumbo  
se entraron en el desierto.  
No sé si los habrá muerto  
alguna legión de zombies  
pero espero que algún día  
sabré de ellos algo cierto.

Y ya con estas noticias  
mi relación acabé;  
por ser ciertas las conté,  
todas las desgracias dichas:  
es un telar de desdichas  
cada gaucho que usted ve.

Pero ponga su esperanza  
en el Dios que lo formó;

y aquí me despido yo,  
que referí así a mi modo  
males que conocen todos  
pero que naidez contó.

----- **FIN** -----